

HOMILIA FINALIZACIÓN AÑO SACERDOTAL

Con todos los Obispos y presbíteros del país

13 de mayo de 2010

SANTUARIO NACIONAL
DEL CERRITO DE LA VICTORIA

Bienvenidos queridos hermanos y hermanas a esta celebración eucarística en la que como pueblo de Dios que peregrina en nuestro país con sus 10 diócesis queremos dar gracias por los dones que el Señor nos ha hecho a lo largo de este año sacerdotal, querido por el Papa Benedicto XVI. Bienvenidos queridos hermanos Obispos, hermanos presbíteros y diáconos, hermanas y hermanos consagrados, hermanos laicos.

Y bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo que en Cristo nos ha elegido antes de la constitución del mundo par ser santos y consagrados en su presencia por el amor (Cfr Ef 1,3ss).

EL SEÑOR NOS RECIBE CON SU PALABRA.

Acabamos de escuchar en los Hechos de los Apóstoles (18,1-8), que

“Pablo dejó Atenas y fue a Corinto... Todos los sábados, Pablo discutía en la sinagoga y trataba de persuadir tanto a los judíos como a los paganos. Pablo se entregó por entero a la predicación de la Palabra dando testimonio a los judíos de que Jesús es el Mesías. Pero como ellos lo contradecían y lo injuriaban, sacudió su manto en señal de protesta, diciendo: “Que la sangre de ustedes caiga sobre sus cabezas. Yo soy inocente de eso; en adelante me dedicaré a los paganos.

...

Muchos habitantes de Corinto, que habían escuchado a Pablo, abrazaron la fe y se hicieron bautizar”.

Pablo el evangelizador nos enseña con su testimonio qué significa ser misioneros: SE ENTREGÓ POR ENTERO A LA PREDICACIÓN DE LA PALABRA. Somos salvados si creemos en Cristo. Es la fe la que nos salva. Es la fe en Cristo, en Dios, la que salva al hombre, a la historia. Y la fe viene de la predicación. Era tan viva esta convicción que los Apóstoles cuando se encontraron en la encrucijada de optar entre la atención a los huérfanos y a las viudas y el dedicarse prioritariamente a la ORACIÓN Y

LA PREDICACIÓN, optaron, movidos por el Espíritu Santo, por nombrar a 7 diáconos a fin de que viudas y huérfanos pudieran seguir estando atendidos adecuadamente por la comunidad.

El resultado de la predicación fue que “muchos habitantes de Corinto, que habían escuchado a Pablo, abrazaron la fe y se hicieron bautizar”.

Nuestro pueblo necesita abrirse al don de la fe o avivarla y hacerla crecer si es que ya la tienen pero al estado germinal o adormecido. Pablo VI en su Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi, sobre la evangelización*, nos enseña que la piedra de toque de la autenticidad de la evangelización consiste en que el evangelizado se torne a su vez evangelizador: “El que ha sido evangelizado evangeliza a su vez. He ahí la prueba de la verdad, la piedra de toque de la evangelización: ES IMPENSABLE QUE UN HOMBRE HAYA ACOGIDO LA PALABRA Y SE HAYA ENTREGADO AL REINO SIN CONVERTIRSE EN ALGUIEN QUE A SU VEZ DA TESTIMONIO Y ANUNCIA” (EN 24).

Si bien hemos caminado en el campo de la evangelización y seguimos caminando, también somos conscientes de que nos queda un largo camino a recorrer.

En la segunda lectura, del Evangelio según san Juan (16, 16-20), hemos escuchado que

*A la hora de pasar de este mundo al Padre, Jesús dijo a sus discípulos:
“Dentro de poco, ya no me verán.
Y poco después, me volverán a ver”.*

La respuesta de Jesús a los discípulos que se preguntaban acerca del sentido de esas palabras fue:

*Les aseguro
Que ustedes van a llorar y se van a lamentar;
El mundo, en cambio, se alegrará.
Ustedes estarán tristes,
Pero esa tristeza se convertirá en gozo”.*

El gozo de que habla Jesús es la alegría que constantemente estamos pidiendo en la liturgia de la cincuentena pascual y es el impacto afectivo y emocional de ver a Jesús resucitado y desde Él experimentar que estamos hechos para resucitar por la fuerza del mismo Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos. El mismo Jesús, hecho Espíritu que da vida (1 Cor

15,45) volverá para quedarse siempre con nosotros hasta el fin de los siglos.

Estamos viviendo los días últimos de la permanencia, entre comillas, “histórica”, “visible”, “corpórea” de Jesús antes de subir al cielo, en su ascensión, para enviarnos el Espíritu Santo en Pentecostés, transformándonos definitivamente en la Iglesia de la Pascua y de Pentecostés, sacramento universal de salvación.

¿Qué hace de nosotros Jesús al enviarnos desde el Padre el Espíritu Santo? Sabemos que nos inicia definitivamente en su vida como sus discípulos, haciéndonos una sola cosa con Él y entre nosotros, enviándonos al mundo como Él ha sido enviado por el Padre.

Aquí estamos reunidos Obispos y Presbíteros y los demás integrantes del pueblo de Dios que vive en el Uruguay. En esta día en que celebramos las apariciones de la Virgen de Fátima, queremos estrecharnos en comunión fraterna de hijos de Dios, todos, con María la Madre de Jesús y nuestra, como en el cenáculo, invocando la venida del Espíritu Santo sobre cada uno de nosotros, nuestras Iglesias particulares, nuestras diócesis.

ALERTA ROJA PARA EL SACERDOCIO CATÓLICO

Estamos en un clima social relativo a nuestro sacerdocio que podríamos comparar, en términos de meteorología, a una alerta roja. Y por otro lado, no es menos real el clima misionero despertado para toda América Latina y el Caribe que el Espíritu Santo ha suscitado en Aparecida. Todos estamos abocados a la realización de la misión continental.

Le pedimos al Señor Jesús con toda humildad y con todo entusiasmo que nos ayude a ser lo que El quiere que seamos. Lo normal de la naturaleza no son ni los terremotos ni los tsunamis, aunque cuando acontecen hacen destrozos de todo tipo. La nave de la Iglesia se ve sacudida por los vientos impetuosos de nuestras debilidades y por las olas devastadoras de las críticas a veces objetivas y otras veces calumniosas de los enemigos de Dios y de la Iglesia. Y que los hay, los hay. Lo había preanunciado Jesús al decirnos: “Ustedes van a llorar. El mundo, en cambio, se alegrará. Pero la tristeza de ustedes se transformará en gozo”.

Nos da mucha paz el constatar que en la barca de Pedro, Jesús, está. Aun dormido Él estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, en las buenas y en las malas: y siempre podremos gritarle a Dios con el salmista:

“el auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra”; “su guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel”.

Hoy Jesús nos repite: volveré a ustedes. Permaneceré con ustedes. Estaré en ustedes. Como el Padre está en mí y yo en Él, así también ustedes estarán en mí. Permanezcan en mi amor.

JESÚS, EL SEÑOR – EL RESUCITADO

Dando por descontado, desde la fe, el hecho de su presencia como resucitado, siempre me pregunto sobre las consecuencias de este estar presente Jesús hoy. Y no puedo dejar de citar las siguientes palabras de Benedicto XVI, en su catequesis de hace un mes, el 13 de abril; palabras más inspiradas entre tantas inspiradas, (nótese que estaba hablando a los peregrinos en la Plaza de san Pedro, no a un grupo de teólogos o de agentes de pastoral):

“La Pascua de Cristo es el acto supremo e insuperable del poder de Dios. Es un acontecimiento absolutamente extraordinario, el fruto más bello y maduro del “misterio de Dios”. Es tan extraordinario que resulta inenarrable en esas dimensiones suyas que escapan a nuestra capacidad humana de conocimiento y de investigación. Y sin embargo, ésta (la resurrección) es también un hecho “histórico”, real, testimoniado y documentado. [...]

“¡Ha resucitado! Es proclamado inicialmente por unos ángeles. Es por tanto un anuncio que tiene origen en Dios. PERO DIOS LO CONFÍA ENSEGUIDA A SUS “MENSAJEROS” PARA QUE LO TRANSMITAN A TODOS.

OBISPOS Y SACERDOTES, TESTIGOS ENTUSIASTAS

La buena noticia de la Pascua, por tanto, REQUIERE LA OBRA DE TESTIGOS ENTUSIASTAS Y VALIENTES. Cada discípulo de Cristo, también cada uno de nosotros ESTA LLAMADO A SER TESTIGO. Este es el preciso, comprometido y emocionante mandato del Señor resucitado. La “noticia” de la vida nueva en Cristo debe resplandecer en la vida del cristiano, debe ser viva y operante en quien la lleva, realmente capaz de cambiar el corazón, toda la existencia.

...Los Apóstoles “salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con todos ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban” (Mc 16,20).

EL ACONTECIMIENTO DE LOS APÓSTOLES ES TAMBIÉN EL NUESTRO Y EL DE TODO CREYENTE, DE CADA DISCÍPULO QUE SE HACE “ANUNCIADOR”. También nosotros, de hecho, ESTAMOS SEGUROS DE QUE EL SEÑOR, HOY COMO AYER, OBRA JUNTO A SUS TESTIGOS.

SEREMOS VERDADERAMENTE Y HASTA EL FONDO TESTIGOS DE JESUS RESUCITADO CUANDO DEJEMOS TRANSPARENTAR EN NOSOTROS EL PRODIGIO DE SU AMOR: CUANDO EN NUESTRAS PALABRAS Y, AUN MÁS, EN NUESTRO GESTOS, EN PLENA COHERENCIA CON EL EVANGELIO, SE PODRÁ RECONOCER LA VOZ Y LA MANO DEL MISMO JESÚS.

POR TODAS PARTES, POR TANTO, EL SEÑOR NOS MANDA COMO SUS TESTIGOS. Pero podremos serlo sólo y a partir y en referencia continua a la experiencia pascual... **“HE VISTO AL SEÑOR”** (Jn 20,18).

EN ESTE ENCUENTRO PERSONAL CON EL RESUCITADO ESTÁ EL FUNDAMENTO INDESTRUCTIBLE Y EL CONTENIDO CENTRAL DE NUESTRA FE, LA FUENTE FRESCA E INAGOTABLE DE NUESTRA ESPERANZA, EL DINAMISMO ARDIENTE DE NUESTRA CARIDAD. ASÍ NUESTRA MISMA VIDA CRISTIANA COINCIDIRÁ PLENAMENTE CON EL ANUNCIO: “CRISTO SEÑOR VERDADERAMENTE HA RESUCITADO”. DEJÉMONOS, POR ELLO, CONQUISTAR POR LA FASCINACIÓN DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO”. (de la catequesis del Papa Benedicto XVI en plaza san Pedro el 13 de abril de 2010).

Estupenda visión de fe centrada en la resurrección de Cristo que agota, de alguna manera, la omnipotencia divina en su actuar en la historia.

EL FERVOR DE LA ORACIÓN

Pero, ¿cómo vivir con el ardor apostólico y el amor de las primeras comunidades cristianas ese testimonio kerigmático, esa predicación que atrae a la fe?

Los Apóstoles nos enseñan con su testimonio de vida que para la eficacia de la predicación es imprescindible el fervor de la oración. Desde este santuario nacional del Sagrado Corazón, el Señor resucitado, por medio del Sínodo sobre la Eucaristía, celebrado en Roma en el 2005, nos invita como

discípulos que han recibido el sacramento del Orden, a potenciar a nivel personal, parroquial y diocesano, esa adoración a la Eucaristía que seguramente es uno de los secretos de la fecundidad apostólica del ministerio sacerdotal del santo Cura de Ars.

En la carta que todos los Obispos del Uruguay les enviamos a ustedes, nuestros queridos sacerdotes, les decimos: “Durante este año de gracia hemos recogido el testimonio admirable de san Juan María Vianney, patrono de los sacerdotes, en el que tenemos un ejemplo para renovar nuestra fidelidad ministerial. También queremos evocar a tantos sacerdotes, discípulos misioneros del Buen Pastor, que nos han precedido en el ministerio, han sembrado la Palabra de Dios, y han derramado la vida nueva de la redención a lo largo y a lo ancho de nuestra patria. Ellos nos ayudan con su intercesión y nos estimulan con su ejemplo para continuar nuestro camino, y cumplir la misión que recibimos del Señor Jesús”.

También “queremos recordar al Siervo de Dios Mons. Jacinto Vera, fundador del clero nacional y protector de los religiosos. Nos ilumina su ejemplo de sacerdote fiel a Cristo y a la Iglesia, hombre de fe y oración, entregado al ministerio parroquial, dedicado a grandes y chicos, con un especialísimo cuidado de los pobres y necesitados, hasta el punto de recibir el título de padre de los pobres. Su santidad brilla iluminando sus grandes cualidades humanas y sacerdotales. Por todo esto queremos dejarnos iluminar por su vida y por sus enseñanzas, y lo proponemos a los sacerdotes como ejemplo y estímulo”.

Unidos al Papa en su visita pastoral a Portugal, compartiendo el fervor mariano que se vive en Fátima, en la fiesta de hoy, contemplamos a

MARÍA Y EL SACERDOTE

Simplemente esbozando una intuición teológico-pastoral-espiritual.

El Concilio Vaticano II nos presenta a María en el contexto del misterio de la Iglesia y nos enseña que Ella es TIPO del pueblo de Dios. Es como afirmar que es la realización perfecta del *sacramento* de la salvación. Es lógico sostener que todas las expresiones del misterio de la Iglesia reciben de María, la luz de la perfecta realización en persona humana del misterio de Cristo en la vida, y un aporte específico para su realización.

¿Cuál será este aporte para el sacerdote?

María es la perfecta discípula porque es absoluta disponibilidad a la acción de Dios en Ella: “He aquí la servidora...Hágase en mí según tu Palabra” (Lc 2).

La Iglesia es sacramento porque Dios INTERVIENE EN ELLA CON SU OMNIPOTENCIA DE AMOR para salvar al ser humano, hecho a su imagen y semejanza. María es la cuna de esta INTERVENCIÓN DE DIOS porque no sólo no interpone ningún obstáculo, sino que la favorece desde su total disponibilidad movida por su libertad entregada a Dios.

EL SACERDOTE, en la individualidad de su persona y en la comunidad del presbiterio, está llamado a dejar intervenir a Dios en su ministerio de tal manera que se perciba la eficacia de su obrar a través de su presencia.

Queridos sacerdotes, nosotros, los Obispos del Uruguay , como les decimos en la carta que acabamos de enviarles,“encomendamos la vida y el ministerio de cada uno de ustedes a la ternura maternal y a la intercesión de María, la Virgen de los Treinta y Tres y los abrazamos con afecto y gratitud” (Los Obispos del Uruguay).

Con ustedes y por ustedes rezamos; con ustedes y por ustedes luchamos y sufrimos; con ustedes y por ustedes cantamos dichosos las grandezas del Señor porque ha hecho y sigue haciendo maravillas y su nombre es santo.

